ICON DESIGN

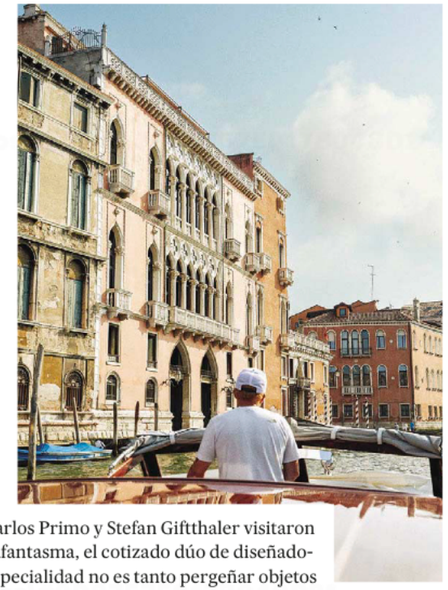


Venecia, interior

Nº 20 NOVIEMBRE 2026 GRATIS CON EL PAÍS SOLO EL SÁBADO 31 DE OCTUBRE | ICON.ELPAIS.COM
EL PAÍS



CARTA DEL DIRECTOR
por DANIEL GARCÍA



“LA GRANDEZA DE esto es que no está calculado, ¡es el retrato de un hombre dejándose llevar!”, me dijo Mathias Augustyniak, mitad del estudio de diseño M/M, el pasado verano en la terraza de la Fondazione Dries Van Noten, en el Gran Canal de Venecia. La escena era como de Lord Byron. Anochecía, el cielo estaba nublado y violeta y había relámpagos y una llovizna de tormenta sobre el *skyline* veneciano. Acabábamos de recorrer los tres pisos del *palazzo* Pisani Moretta, donde Van Noten ha instalado una institución con la que quiere celebrar la artesanía y promocionar los oficios entre los jóvenes: un plan de jubilación, después de décadas dedicado a la moda, bastante más caro y ajetreado que ingresarse en un balneario. Sobre todo porque él y su pareja, Patrick Vangheluwe, se han casado con uno de los más importantes conjuntos barrocos y rococó de la ciudad —techos de Tiepolo incluidos—, añadiendo unas cuantas capas de complejidad a su proyecto. Yo pasé dos días allí con el fotógrafo Yago Castromil y recorrimos las salas y los salones con la exposición inaugural, los despachos estucados y prácticamente llegamos hasta la cocina (o más bien donde guardan las garrafas de agua). El resultado de nuestra misión, incluida una charla en la que Van Noten cuenta su historia de amor con el *palazzo* y con Venecia, es el tema de portada de este número: un tributo a su empeño por mantener viva la belleza y el factor humano en este mundo que claramente lo está perdiendo.

A mínimo que lleves un par de mudanzas surgen las preguntas: ¿de verdad necesitamos más cosas? ¿Tiene sentido seguir produciendo sillas, mesas y lámparas? Por un lado, es tan tonto no admitir que estamos enamorados de los objetos como negarles su valor intrínseco. Miquel Echarri viajó con el fotógrafo Nacho Alegre a la sede barcelonesa de Santa & Cole, una de las empresas que fabrican las lámparas que iluminan nuestros sueños, y descubrieron una especie de *valhalla*: resulta que los fabricantes de la Cesta y otras tantas luminarias míticas trabajan en un antiguo colegio de los años sesenta rodeado de árboles y vegetación (p. 66).

Dries Van Noten nos abrió el ‘palazzo’ de su fundación y entramos casi hasta la cocina

Del otro lado, Carlos Primo y Stefan Giftthaler visitaron el estudio de Formafantasma, el cotizado dúo de diseñadores italianos cuya especialidad no es tanto pergeñar objetos —aunque lo hacen muy bien— como aplicar el pensamiento crítico: Andrea Trimarchi y Simone Farresin organizan ciclos de charlas para Prada durante el Salone de Milán, por ejemplo, o diseñan exposiciones que cuestionan nuestra saturada sociedad de consumo (p. 60).

La arquitectura y el interiorismo responden, de todos modos, a necesidades plenamente humanas: un techo, lo primero; domesticar el espacio, lo segundo, y si tienes suerte, lo tercero sería diseñarlo a tu imagen y semejanza. Eso es lo que ha hecho el arquitecto Igor Bragado, del estudio hispanocanadiense Common Accounts, en el hogar madrileño que ha creado para su familia. Bragado y su socio, Miles Gertler, han tirado abajo el típico piso noventero lleno de habitaciones y puertas barnizadas para dejar una planta abierta y futurista que cambia al son de las necesidades de un matrimonio y su hija (p. 96).

Hay mucho más: Diego Parrado explora la venganza del sofá de flores, una mullida revolución que lleva tiempo cociéndose a fuego lento (p. 28); Anatxu Zabalbeascoa revisita la casa y el estudio de Alvar, Aino y Elissa Aalto (p. 78), y Roland Beaufre recupera las fotos que tomó de una de las viviendas que marcaron los ochenta, el *loft* de Andrée Putman (y el juego de desayuno que me ha marcado a mí, en la página 90). Rocío Ley acude a la fábrica de Flexform para enseñarnos cómo se hacen sus deseados sofás (p. 104) y yo mismo, de nuevo, hablo con Leonard Koren (p. 74). El estadounidense sigue siendo uno de mis autores y entrevistados favoritos, aunque me enfrente a verdades tan incómodas como que la belleza es la falta de acumulación y el apego a los objetos, un atavismo a superar. Koren abrió su casa en Roma y es —como lo que escribe— un perfecto ejercicio de edición y contención. Reconforta saber que hay alguien capaz de conseguirlo. ✶

©Jean Larivière cedido por Andrée Putman Studio 2026, Yago Castromil

ARRIBA, LA LEGENDARIA INTERIORISTA ANDRÉE PUTMAN. A LA DCHA., LA FACHADA DE LA FONDAZIONE DRIES VAN NOTEN EN VENECIA

UN DESAYUNO 'CHEZ' ANDRÉE PUTMAN: NADA QUE VER CON SU CLÁSICA SOBRIEDAD. A LA DCHA, CÓMODA LUIS XIV EN UN RINCÓN DE SU 'LOFT'.

VOLVER A EMPEZAR

Texto Carlos Primo
Fotografía Roland Beaufre



CUANDO SE DIVORCIÓ EN 1978, ANDRÉE PUTMAN SE MUDÓ A UN 'LOFT' QUE CAMBIÓ EL CURSO DE LA DECORACIÓN: UNA VERSIÓN CÁLIDA DE SU LEGENDARIO ESTILO



“PARA ELLA, EL CONFORT DE LA MIRADA ERA MUCHO MÁS IMPORTANTE QUE EL DEL CUERPO”, CUENTA OLIVIA PUTMAN

ARRIBA, LA CAMA, DELIMITADA POR UNA COLUMNA Y MOSQUITERAS DE AIRE JAPONÉS. A LA DCHA., CAMARERA ESTILO AÑOS TREINTA DE METAL TUBULAR, UNO DE SUS MATERIALES PREFERIDOS.





AQUÍ, EL SALÓN Y ANDRÉE PUTMAN FOTOGRAFIADA POR ROLAND BEAUFRE EN LOS AÑOS NOVENTA. ABAJO, SILLAS THONET EN LA TERRAZA. A LA DCHA., EL BAÑO, ENTRE CLÁSICO Y CLÍNICAMENTE MODERNO.







EL ESPACIO QUE aparece en estas páginas fue el escenario de un renacimiento: el de una mujer que, a los 53 años, tuvo que volver a empezar. A finales de los años setenta, Andrée Putman se divorció de su marido, Jacques, un coleccionista y crítico de arte que, años atrás, había comprado una antigua fábrica en el Barrio Latino de París para un proyecto artístico. "Cuando se separaron, mi padre preguntó a mi madre si prefería quedarse en el apartamento burgués donde habían vivido, o en el ático de la fábrica", recuerda su hija, Olivia Putman. Ella eligió la segunda opción. "Era un espacio vacío, de ladrillo, de unos 200 metros cuadrados. Una página en blanco. La utilizó para empezar de nuevo. De aquella herida supo construir una nueva vida".

El propio concepto de *loft* era novedoso. "Fue el primero de París. La única puerta era la del cuarto de baño", cuenta la hija. Putman, que abandonó una prometedora carrera como pianista a los 20 años —llegó a ganar un premio de composición— y había trabajado en revistas de decoración, decidió aprovechar para orientar su carrera. En 1978, el mismo año en que se mudó al *loft*, fundó una empresa, Écart, que canalizaba su afición por los muebles *art déco* y reeditó a sus diseñadores favoritos: gigantes del primer cuarto de siglo como Eileen Gray, Jean-Michel Frank, Pierre Chareau o Mariano Fortuny. Su nueva casa se convirtió en un escaparate y pronto llegaron los primeros pedidos, de amigos como Karl Lagerfeld, para trabajar como interiorista. El fotógrafo Roland Beaufre la conoció en 1985, cuando acudió a retratarla en las oficinas de su empresa. "En aquellos años estaba en la cima", recuerda hoy Beaufre. "Nos caímos bien. Vio las fotos, le gustaron y las usó muchas veces".

En los primeros ochenta todas las revistas querían un retrato de Andrée Putman, y no solo porque era alta y llamativamente elegante. Todo el mundo quería un interior con su firma. Un día, recibió una llamada telefónica de Ian Schrager y Steve Rubell, los propietarios de Studio 54, que acababan de comprar un hotel en Madison Avenue y querían reformarlo con poco dinero. "Te hemos llamado porque dicen que sabes hacer cuartos de baño bonitos sin utilizar mármol", dijeron, y ella les respondió al poco con un aseo alicatado hasta el techo con azulejos blancos y negros, como un tablero de ajedrez. El hotel Morgan's, inaugurado en 1984, inauguró el concepto hotel *boutique* —una alternativa de diseño y a pequeña escala a los grandes hoteles de lujo—, y también estableció los códigos del estilo Andrée Putman: lujo contenido, rigor geométrico y una querencia por el blanco, el negro y el gris que actualizaba un minimalismo con raíces en la Bauhaus y el *art déco*. En aquellos años, la decoradora firmó otros de sus proyectos más conocidos: los interiores del museo de arte contemporáneo CAPC de Burdeos y el despacho del ministro de cultura francés, Jack Lang, para quien diseñó una enorme mesa semicircular de tres metros de diámetro en madera de fresno que todavía sigue en uso.

Las imágenes que aparecen en este reportaje las tomó Beaufre en dos momentos, a finales de los noventa y principio de los dosmiles. En 1998 Putman ya era casi un icono pop, especialmente desde que, cuatro años antes, se implantó su diseño para la cabina del Concorde, el avión supersónico que simbolizó las aspiraciones de infinito del optimismo capitalista y que ella no hizo futurista, sino elegante (la luz era tenue, la moqueta tenía un dibujo geométrico en gris, negro y beige, y la cubertería era de Christofle). Putman también se convirtió en un glamuroso personaje. "En aquella época siempre llevaba vestidos de Azzedine Alaïa", apunta Beaufre, "era una mujer imponente, con su voz grave y una dicción muy peculiar". Sin embargo, lo que el fotógrafo se encontró al llegar a su apartamento fue algo muy distinto. "Habíamos quedado a las nueve de la mañana y, cuando llegué, ella ya estaba vestida, maquillada y peinada. Me dijo que la noche anterior había llegado de Japón y que, al levantarse, había visto que el suelo de la cocina estaba sucio, así que estaba sacándole brillo con la fregona".

Esa mezcla de cotidianidad y exuberante vocación decorativa convirtió el *loft* de Andrée Putman un pequeño hito de los ochenta. Simbolizaba la forma de vida de esta mujer "un poco punk", como recuerda su hija. Pero también mostraba una dimensión más personal de su estilo. Los interiores de Putman se caracterizaban por una belleza austera, posiblemente fruto de los veranos que pasó de niña en la abadía abandonada de Fontenay. Su *loft,* sin embargo, era una vivienda relajada y de proporciones generosas que Putman iba transformando según se le ocurrían ideas. "Peleó mucho para conseguir que la dejaran intervenir en la cubierta del edificio, que era una azotea plana, para hacer una terraza con jardín y un pequeño comedor con cocina", recuerda su hija. Allí dispuso, bajo una pared llena de obras de arte —uno de sus éxitos fue producir litografías de artistas contemporáneos que arrasaron en los grandes almacenes Prisunic—, un conjunto de sillas estilo Thonet muy similares a las que había tenido en su casa familiar.

Su universo decorativo se hacía fuerte abajo, en el piso principal del *loft*. Las fotos de Roland Beaufre permiten recobrar el recuerdo de una cómoda firmada por Boulle, el ebanista de Luis XIV, o de un colorido juego de té del fabricante soviético Dulevo. "Pero encima de la consola Luis XIV mezclaba un chacal egipcio con una lámpara floral de los años veinte", apunta su hija. El estilo Putman descolla en las mosquiteras que delimitan la zona de la cama, "muy dura, casi una tabla, por un accidente de bicicleta que había tenido de joven y que le dejó muchas secuelas", prosigue Olivia Putman, que hoy trabaja como directora creativa en la agencia que lleva el nombre de su madre. La decoradora vivía en la cama y manejaba una idea de la comodidad un tanto peculiar. "Para ella, el confort de la mirada era mucho más importante que el del cuerpo".

Ese confort visual responde, ante todo, a la mezcla. "Es un proyecto diferente a los espacios gráficos y arquitectónicos que hacía para otras empresas. Corresponde a la moda de los años ochenta, pero tiene muchos objetos personales e inesperados", añade Beaufre. La idea de decorar empleando antigüedades sin renunciar a la expresión fue todo un bálsamo para un oficio acostumbrado a encasillar cada espacio en un estilo. Lo corrobora Olivia Putman: "Ese diálogo entre objetos dispares fue muy renovador. La decoración en Francia siempre había sido muy rigurosa. Uno decoraba su casa en estilo Luis XIV o Luis XIV, pero no se mezclaban". Entre todos los adjetivos que se le atribuyen a Putman como decoradora —lujosa, rigurosa, elegante, formal— hay pocos ligados a la libertad, cuando posiblemente sea la clave de todo. ✳